

LA MUSICA RELIGIOSA DE AGUSTIN MILLARES TORRES *

LOTHAR SIEMENS HERNANDEZ

LCDO. EN DERECHO Y MUSICOLOGO

Uno de los intelectuales más representativos del romanticismo en Canarias fue nuestro gran historiador del siglo XIX, Agustín Millares Torres (Las Palmas de Gran Canaria, 1826-1896). Además de historiador fue ensayista, novelista poeta, fundador del periodismo en Gran Canaria y, ante todo, compositor. Es cierto que su personalidad musical quedó a la postre olvidada (a nuestro juicio inmerecidamente), y que su aportación intelectual como historiador le dio la fama que ha prevalecido hasta hoy; pero no es menos cierto que la música fue su vocación primigenia, y que la cultivó siempre con el cuidado y la finura que caracterizaron a toda su producción de cualquier tipo. En otro lugar hemos glosado ampliamente los aspectos más relevantes de su biografía musical y de sus composiciones⁽¹⁾, y aún hemos de hacer referencia al amplio catálogo de su música, publicado hace ya 22 años por una de sus descendientes⁽²⁾.

Nos referiremos detalladamente en esta comunicación a un importante aspecto de la personalidad musical de Millares Torres: a su producción religiosa, fruto de su estrecha colaboración con la Catedral de Canarias. A quienes

* Comunicación en las II Jornadas de Historia de la Iglesia en Canarias. Siglo XIX.

- (1) *AGUSTIN MILLARES TORRES, compositor y musicógrafo*. Discurso de ingreso como académico de número de la Real Academia de Bellas Artes de San Miguel Arcángel de Canarias (Santa Cruz de Tenerife, mayo de 1984). En vías de publicación.
- (2) ANGELINA HERNANDEZ MILLARES: *Bibliografía de Agustín Millares Torres: Catálogo de sus obras musicales en orden cronológico*, en "Millares" N° 9 (Las Palmas de Gran Canaria, julio-septiembre de 1966), pp. 123-134.

desconocen la completa personalidad de nuestro músico e historiador, esta faceta suya ligada a lo religioso podrá parecerles sorprendente, pues de nuestro personaje suelen repetirse en nuestros días sólo unos cuantos tópicos que, si no del todo infundados, sí se sobredimensionan para configurarle una personalidad eminentemente librepensadora, anticlerical y hasta atea. Esto último no es exacto, pues su creencia en Dios queda bien patente a través de sus escritos. No obstante, fue un librepensador, pero su “anticlericalismo” no fue nunca una postura generalizadora, sino ciertamente sólo condicionada por su estricta moralidad crítica y, sobre todo, por el edicto condenatorio que mandó a leer en todas las parroquias de Las Palmas el obispo Urquinaona al salir a la luz en 1874 su libro “Biografías de Canarios Célebres”, lo que provocó incluso espontáneos y sonoros signos de adhesión popular a su persona en un acto público que se celebró en el teatro cuatro días después. Sólo este corto episodio, sin duda tendenciosamente manipulado mucho después, ha provocado un sinnúmero de infundios inexactos hasta hoy, siendo aún frecuente leer en escritos actuales que Millares fue excomulgado de la Iglesia por su “Historia de la Inquisición en Canarias”, lo cual no es cierto, que nosotros sabemos. Todo esto ocurría en el último tercio de su vida, en una etapa en la que su actividad musical había quedado relegada al estricto ámbito familiar, si bien continuaba colaborando con el Cabildo Catedral de Las Palmas en los tribunales de oposiciones a cargos músicos y en otros menesteres, como, por ejemplo, en la supervisión y los informes que suministró durante la construcción del gran órgano.

Esta vinculación de Millares Torres a la Catedral tiene su inicio en sus antecesores más directos. Su abuelo, Cristóbal José Millares (Las Palmas, 1774-1846) había sido educado en la música en el colegio de San Marcial, fue luego violoncelista de la capilla musical catedralicia y, finalmente, organista de la catedral hasta su muerte⁽³⁾. El hijo de éste, Gregorio Millares, aprendió música con el viejo Cristóbal. Cuando en 1817 se readmitió en la capilla de música al gran violoncelista portugués Manuel Núñez, el cabildo le puso la condición expresa de enseñar dicho instrumento a Gregorio, de cuyo adelantamiento daría cuenta mensualmente; el 13 de agosto del año siguiente entró Gregorio Millares en la plantilla de la catedral como 2.º violoncelo con 50 pesos de salario, los que se le aumentaron a 70 seis años después. En 1826 nace su hijo primogénito, nuestro Agustín Millares Torres, y dos años después se disuelve la capilla de música de la catedral, quedando Gregorio cesante y

(3) LOLA DE LA TORRE: *Cristóbal José Millares*, en “Millares” N.º 1 (Las Palmas de Gran Canaria, julio-septiembre de 1964), pp. 81-90.

en muy precaria situación. Al viejo don Cristóbal, sin embargo, se le respetó el cargo de organista hasta su muerte. En sus últimos años tuvo como segundo a un simpático sacerdote de Telde, probablemente discípulo suyo de órgano: don Narciso Barreto, presbítero de nuestra catedral que se convertiría años después en gran admirador, amigo y protector de Millares Torres.

Como es de suponer, Millares adquirió en el seno de su familia una sólida formación musical, que consolidó entre 1846 y 1848 en el conservatorio de Madrid. A su regreso, y durante más de 15 años, la vida musical de nuestra población giró absolutamente en torno a su persona y a sus actividades. Fue la época más prolífica de su vida, en la que genera su sólida producción musical religiosa. Ya había compuesto obras instrumentales antes de ir a Madrid, y a su regreso alternó la producción religiosa con un selecto repertorio profano, del que cabe destacar nada menos que catorce obras lírico-teatrales, muchas de ellas ejecutadas con gran éxito en Las Palmas.

En principio, después de llegar a Madrid, su producción religiosa es espontánea, no de encargo por parte de la catedral, y aunque no consideremos dentro de la misma al su *Himno a Cairasco* de 1850, escrito para coro de hombres y orquesta, hay que ver en esta obra su temprana voluntad de honrar a uno de los canónigos insulares más ilustres que ha dado la catedral de Canarias a lo largo de su historia. Por aquel entonces, el presbítero Narciso Barreto se ocupaba del ornamento musical de la liturgia catedralicia, llamando, aglutinando y dirigiendo a los músicos ciudadanos para las funciones más solemnes del templo. Ya entonces Millares, que había reorganizado en el Gabinete Literario la Sociedad Filarmónica de Las Palmas y dirigía su orquesta, colaboró con él en varias ocasiones. No en vano don Narciso Barreto había sido también un activo colaborador de la Filarmónica desde que ésta se fundó en 1845.

En 1851, año del cólera, Millares compuso varias obras religiosas para los oficios litúrgicos extraordinarios que se celebraron con motivo de la gran epidemia. Al mismo tiempo, su economía comenzó a resentirse lentamente, y durante cinco años sus dificultades para sobrevivir irían creciendo sin interrupción. Por eso en 1857 optó don Narciso Barreto a un beneficio y pretextó sus muchas ocupaciones espirituales para desligarse de las responsabilidades musicales y propiciar un contrato remunerado del cabildo catedral con Millares. Esto supuso una gran ayuda para nuestro músico, quien incrementaría a partir de entonces su producción religiosa, nunca interrumpida desde su llegada, según veremos más adelante. En 1860 revalidó su título de notario y abandonó la

docencia musical como profesión; pero siguió al frente de la Orquesta Filarmónica y de la música catedralicia, y esto último sólo como actitud de público agradecimiento hacia el cabildo catedral por su ayuda en tiempos difíciles. Esta colaboración se rompió definitivamente en 1886 por las causas que pasamos a explicar brevemente.

Las intrigas de ciertos músicos y políticos para desvincular a Millares de la Filarmónica generaron con éxito en ese año un golpe de mano que le dejó fuera de la institución. Esto le causó tal disgusto, que nunca más quiso asumir actividades musicales públicamente, si bien continuó componiendo y practicando la música en su casa hasta el fin de sus días. En cuanto a la catedral, desde 1861 tenía ésta en el presbítero y organista don Luis Rocafort un nuevo valedor musical, que poco a poco y de mutuo acuerdo había ido relevando a Millares de su compromiso. No en vano habían sido Millares Torres y don Narciso Barreto los jueces de la oposición de Rocafort. De manera que su última obra musical religiosa sería su *Miserere* “*grande*” (así lo denominó) estrenado en la catedral en 1864. Todavía se ejecutarían obras religiosas suyas en un concierto sacro que se organizó en el Gabinete Literario en la cuaresma de 1866, poco antes de los fatídicos episodios que le apartarían del público musical para siempre.

Dentro del marco histórico que hemos expuesto, por lo tanto, se produce la creación de las obras religiosas de Millares Torres de las que vamos a dar detallada noticia a continuación. De no expresar que se ignora el paradero de la obra, hay que entender que la misma se conserva en el archivo musical de Millares Torres que custodia el autor de esta comunicación, quien lo recibió de manos de la nieta del compositor doña Dolores Millares Carlo:.

1850 *Padre nuestro*.

Para 3 clarinetes, 2 trompas, 2 cornetines, trombones, 2 bombardos, saxo, requinto y 2 contrabajos.

Partes sueltas autógrafas para todos los instrumentos.

1850 *Letanía*.

Para 2 trompas, 2 cornetines, trombones, saxo y 2 contrabajos.

Partes sueltas autógrafas para todos los instrumentos.

1850 *Gloria*.

Para 3 clarinetes, 2 bombardones y requinto.

Partes sueltas autógrafas para todos los instrumentos.

1851 *Misa en fa.*

A tres voces y toda orquesta.

Atestiguada en todas las fuentes.

Se ignora el paradero del manuscrito.

Esta misa se compuso para la función de acción de gracias, que se celebró en la iglesia de Santo Domingo de Las Palmas de Gran Canaria, por la conclusión de la epidemia del cólera.

S.F. *Misa de requiem en fa menor.*

A dos voces, 2 clarinetes, trombón y violoncelo.

Partitura autógrafa. 6 páginas + 6 partes sueltas.

1852 *Oficio de difuntos. Invitatorio.*

A dos voces, 2 clarinetes, 2 trombones y contrabajo.

Partitura autógrafa incompleta. 2 páginas: n.º 1 *Regem cui omnia*; n.º 2 *Exultemus Domino*.

Fue compuesto para los funerales que el día 5 de noviembre de ese año tuvieron lugar en la Parroquia de San Francisco de Las Palmas, por los socios del Gabinete Literario fallecidos durante la epidemia del cólera. El Invitatorio tenía un solo de clarinete que ejecutó don Manuel Rodríguez.

1853 *Refundición y nueva instrumentación de los ocho "Responsorios de Navidad" compuestos por don José Palomino en 1809.*

Para 2 Tenores, 2 flautas, 2 clarinetes, corneta, 2 trompas, tromba, fígle, 2 violines, viola, violoncelo y contrabajo.

Partitura autógrafa. 148 páginas.

1854 *Misa en do.*

A tres voces y orquesta.

2 Tenores, Bajo, 2 flautas, 2 clarinetes, 2 trompetas, tromba, fígle, 2 violines, viola, violoncelo y contrabajo.

Partitura autógrafa. 52 páginas.

Se ejecutó por primera vez en la Parroquia de San Agustín en la fiesta de Nuestra Señora del Carmen.

1855 *Himno a la Virgen.*

Para coro a cuatro voces y orquesta. (Con letra del autor).

Soprano, Alto, Tenor y Bajo, 2 flautas, 2 oboes, 2 clarinetes, 2 fagotes, 2 trompetas, 3 trombones, 2 violines, viola y bajo.

Partitura autógrafa. 6 páginas + 8 partes sueltas.

1857 *Pasión del Domingo de Ramos.*

A tres voces y bajo con acompañamiento *ad libitum* de 2 clarinetes y 2 trombas.

Partitura autógrafa. 16 páginas + partes sueltas para 2 Tenores, Bajo, 2 clarinetes, 2 trombas y violoncelo.

1857 *Pasión de Miércoles Santo.*

A tres voces y acompañamiento, con 2 clarinetes y 2 trombones *ad libitum*.

Partitura autógrafa. 12 páginas + partes sueltas para 2 Tenores, Bajo, 2 clarinetes y violoncelo.

(Faltan las partes de los trombones).

1858 *Misa en si bemol.*

A dos voces y orquesta.

Tenor, Bajo, 2 flautas, 2 clarinetes, 2 cornetas, 2 trompas, 3 trombones, 2 violines, viola, violoncelo y contrabajo.

Partitura autógrafa. 62 páginas.

Compuesta por encargo del Conde de la Vega Grande, se ejecutó por primera vez en la Iglesia de la Concepción de Jinámar, el 18 de diciembre de 1858, por la banda militar. Esta versión para orquesta, que es posterior (ca. 1860), se ejecutó muchas veces en la Catedral de Las Palmas.

1859 *Miserere pequeño.*

A dos voces y orquesta.

Compuesto para el Miércoles Santo del año 1859.

Atestiguado en todas las fuentes.

Se desconoce el paradero del manuscrito.

S.F. *Misa en mi bemol.*

A tres voces y gran orquesta.

Partitura autógrafa. 52 páginas (falta la 1ª hoja). El *Kyrie* con acompañamiento de toda la orquesta sinfónica, el *Gloria* sólo tiene acompañamiento de las cuerdas, así como también el *Credo* hasta

propter nostram salutem. A partir de *Et incarnatus est* hasta el final del *Credo*, desaparece el acompañamiento y sólo quedan las tres voces. Parece, pues, obra inconclusa, ya que en el cuerpo del manuscrito ni siquiera se advierte que haya comenzado a componer los números restantes de la Misa.

1864 *Miserere grande*.

A cuatro voces y orquesta.

Está atestiguado en todas las fuentes.

Se ignora el paradero del manuscrito.

Se estrenó en la noche del Jueves Santo de ese año. Las voces fueron de don Mateo Bautista, don Néstor de la Torre, don Francisco Quesada y don Fernando Peñate.

En el archivo musical de Millares Torres existen varias obras por él compuestas y firmadas que él mismo nunca mencionó al hablarnos de su producción musical, sin duda por considerarlas indignas de ser tenidas en cuenta como aportaciones definitivas de su producción artística. Esto, sin embargo, prácticamente no toca a su producción religiosa acabada, que fue siempre incluida en las listas y menciones que nos legó de su obra musical definitiva. Tal consideración es importante. Millares Torres fue un compositor brillante, que se produjo en un lenguaje bien clásico, a la par que nada ignorante de las tendencias melódicas italianizantes propias de su tiempo. Sin duda que estas obras litúrgicas para coro y orquesta, de las que se sintió satisfecho hasta el fin de sus días, si se escuchan alguna vez en un concierto, nos ilustrarán directamente sobre su eficaz pensamiento musical, y nos proporcionarán además la emoción de enfrentarnos al arte que creara Millares para el fervor y el deleite de los ciudadanos de Las Palmas de su época.

Lothar Siemens Hernández